



AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Escritor

Presenta 'Limbo', una novela poética y turbadora que aborda las fronteras entre la vida y la muerte

«Mis libros son profundamente realistas»

MARCOS TORÍO / Palma

La física y la poesía se entreveran en las novelas de Agustín Fernández Mallo, que en *Limbo* (Alfaguara) construye la historia menos fragmentada de sus novelas. En primera persona, el escritor rememora el secuestro de una mujer en México D.F., ahora de viaje por Estados Unidos con su marido, quien aspira a encontrar el Sonido del Fin. Mientras, dos músicos se encierran para componer su obra definitiva. Mallo nutre de metáforas y reflexiones una obra no exenta de humor que también se plantea el valor de la copia o la importancia de los objetos en la vida, en una realidad compleja y fronteriza como *Limbo*, que se presenta hoy, a las 20 horas, en Literanta.

Pregunta.—¿Para qué escribe?

Respuesta.—Para mí porque el mayor respeto hacia el lector es ignorarlo. No puedes escribir pensando en agradar o desagradar a nadie. Yo lo hago para investigar mi propia poética. Y me ha servido. La única forma de distanciarme y evolucionar después de *Nocilla* era hacer lo que creía que debía hacer.

P.—¿Qué aspectos le interesaban del Nuevo Testamento como para que le impulsara a escribir la novela?

R.—Fue el fognonazo inicial. Escribo sin orden ni concierto. Me encontré un ejemplar en la mesilla de noche

«La copia es básica para la supervivencia, basada en el error y la mutación»

«Me interesa el realismo profundo, una frontera impura y con grosor»

de un hotel de Guatemala. Lo hojeé y pensé que era un libro muy contemporáneo en su estructura. Se trata de un *remake* de un *remake* de la vida de Jesucristo. Puedes leerlo por donde lo abras y los Apóstoles son como internautas primitivos. De todas formas, no es una estructura que traslade a la novela.

P.—En cualquier caso, en *Limbo* fue antes la forma que el fondo.

R.—Nunca sabes dónde te llevan los caminos de la literatura y la es-

critura. Eso es sano y excitante.

P.—Ha escrito, sin embargo, su novela menos fragmentada.

R.—Su mundo interior está lleno de idas y venidas, de claves. La unión de diferentes elementos, con-

ceptos y hechos no parecían relacionables a simple vista. Es lo que hace un poeta y un científico: crear metáforas para explicar la cotidianidad. Mi mirada al pasado en la novela no es nostálgica. La arqueología en general no nos explica cómo fue el pasado sino que viene al presente para explicarlo.

P.—¿Por qué le interesaba la relación de un secuestrado con su propio cuerpo durante el cautiverio?

R.—Era algo que no había visto tratado y siempre había pensado. No se habla sobre su relación con su propio olor, voz o sexualidad. Lo único que te queda es tu cuerpo y esa relación ha de cambiar en una situación así. No he hecho una investigación documental, sino que se trata de un personaje literario.

P.—¿Qué tiene de atractivo el sonido como personaje?

R.—Es una de las cosas más misteriosas que existe. Está presente des-

de que despiertas e incluso al soñar. Es raro que en la literatura aparezca como personaje, como agente provocador porque resulta muy difícil de tratar debido a su abstracción. El silencio no existe. Esa idea es una construcción cultural. Quería intentar dar forma a todo eso.

P.—¿Su defensa en la novela de la copia al nivel del original guarda relación con la polémica con la viuda de Borges por *El hacedor*?

R.—No, porque siempre me ha interesado el mito del original como puro e intocable. La historia biológica y cultural refuta la idea de que el original es único. La copia es básica para la supervivencia, basada en el error y la mutación.

P.—De ahí que fabule con la existencia de un Benicàssim chino, una copia que se pueda celebrar incluso antes que el original.

R.—Me interesa el humor en cualquier obra. Todas las grandes lo con-

tienen. Es una manera de investigar y cuestionar la realidad desde otro punto de vista, de dudar de ti mismo, algo imprescindible.

P.—¿Qué idea de frontera aborda en *Limbo*?

R.—Mis libros son profundamente realistas porque están comprometidos con mi realidad, mi entorno y mi cotidianidad. Es un realismo narrado desde una realidad compleja, que no complicada. Estamos todos implicados, compuestos por multitud de redes, conexiones que alimentan la realidad de mis personajes. La de una persona de hace 50 años era estática, hoy es compleja. Ese realismo complejo es la frontera que me interesa, no una línea en la que instalar, sino una frontera impura y con grosor.

P.—Atribuye a los objetos capacidades humanas y habla, por ejemplo, de cómo sobreactúan. ¿Qué importancia tiene ese juego no ya en la novela sino en su poética?

R.—Muchísima. El objeto te habla, te dice cosas, hasta el punto de que parece que tenga identidad. Si Disney atribuía cualidades humanas a los animales, algo ridículo, por qué no se va a poder hacer con objetos.

«Defiendo la libertad total la creación, el derecho a hacer lo que me dé la gana»

«La estructura del Nuevo Testamento es totalmente contemporánea»

Hay también una idea de muerte cuando se rompen los lazos que te unen a ellos. Hablo de una realidad extrañada, conectada con Lynch, aunque de ligero desenfoque, incluso de terror y que incluye múltiples capas tapadas por lo cotidiano.

P.—¿Por qué cree que la novela tiende ahora a ser más conservadora?

R.—En tiempos de crisis, la polarización es muy lógica. La normatividad se repliega a lugares conocidos por miedo. Eso hace que los planteamientos de la novela sean, estéticamente, más conservadores como mecanismo de defensa. Sin embargo, en poesía hay un empuje rupturista, algo que me parece bien. Personalmente, me niego a tener miedo, a que me ganen. En cualquier caso, detesto los fundamentalismos. Quien dicta dogmas demuestra su debilidad. Defiendo la libertad total en la creación. Reivindico mi derecho a hacer lo que me dé la gana y a que los demás hagan lo mismo.

P.—¿Qué objeto sería Munar?

R.—Es un personaje que no está en mi cabeza ni instalado en mi cotidianidad.

P.—¿Qué sonido sería la Infanta?

R.—Más que un sonido, sería un ruido de fondo audible, pero indescifrable. No es como oír una música, algo que sí ocurre con Urdangarín.



JORDI AVELLA